

- D. Tim.—Pues ve con Juanito:
El aire del campo
Te hará bien: Juanito,
Llévala al jardín.
- D. Juan.—(Presentando el brazo á Leonor)
Iremos.
- D. Tim.— Despacio.
- D. Juan.— (Aparte).
¡El cielo me ampare!
- Leo.—Adiós, padre amado.
- D. Tim.—Adiós, serafín.
- Leo.—Adiós, Don Carlitos.
- D. Carlos.—(A D. Juan á tiempo de ir andando; aparte.)
Adio, cara. Aprieta,
Al uso de Francia,
Con mucho calor.
- D. Juan.— (Aparte á Carlos.)
Si llora por Werter.
- D. Carlos.—Si Werter ha muerto.
Aprieta, te digo.
- D. Tim.—¡Qué amable candor!

ESCENA VI.

DON TIMOTEO, DON CARLOS.

- D. Tim.—¿Ha visto usted en su vida,
Una joven más sensible?
Vaya, vaya, no es posible;
Es muy tierna mi Leonor.

- D. Carlos.—¡Es verdad, á fe de Carlos!
Es la más tierna belleza:
¡No respira, qué pureza!
¡No son sus ojos, qué amor!
¿Usted no ha estado en París?
- D. Tim.—No, señor.
- D. Carlos.— Mucho lo siento:
Allí sí que es un portentoso...
¡Oh, la preciosa ciudad!
Allí no hay una mujer
Que sea helada ni egoísta;
Hasta una triste modista
Tiene sensibilidad.
¡Todo es amor en París!
¡Cómo se infalma el deseo!
Hasta usted, Don Timoteo,
Fuera víctima de amor.
- D. Tim.—Vaya, vaya, yo me río,
¿Amores yo, y á mi edad?
- D. Carlos.—Pues es la pura verdad.
- D. Tim.—¿Cierto?
- D. Carlos.— Palabra de honor.
- D. Tim.—Pero ya ve usted mis canas...
- D. Carlos.—¡Bueno! valiente friolera!
Esas las quita cualquiera...
Aun aquí que es buen decir.
- D. Tim.—¿Y mis arrugas?
- D. Carlos.— También.
Las quitan allí al momento.
- D. Tim.—Será por encantamiento.
- D. Carlos.—No, señor.
- D. Tim.— Quiero reír...

¿Con que es decir que en París
Entra un achacoso anciano
Y sale un mozo lozano

Lleno de gracia?
D. Carlos.— Cabal.

D. Tim.—Pues, amigo, digo á usted,
Que ha llegado á mucho el arte.

D. Carlos.—No hay en el cuerpo una parte
Que no suplan muy igual.
¿Le falta á usted una pierna,
Un brazo, un ojo, una mano?...
Pues va usted á un artesano,
Y en un par de horas ya está.

D. Tim.—¿Y las rugas?

D. Carlos.— Un licor
Hace rejuvenecer.

D. Tim.—¡Hay qué gozo! ¡qué placer!
Pues, señor, me voy allá.

D. Carlos.—¡Bravo! un hombre como us-
(ted,

Que tiene tanto dinero,
Es un tonto, un majadero,
Si no hace un viaje.

D. Tim.— Es verdad;
Pero á la mar tengo miedo.

D. Carlos.—¡Tontera! ¿Ve usted aquí
Cómo ando yo? pues allí
Hay mayor seguridad.

(Aparte.)

(Ojalá caiga este tonto,
A ver si me voy con él
Y hago un brillante papel).

D. Tim.—Me voy animando á ir.

D. Carlos.—Bien hecho, amigo, bien he-
(cho;

Pasará usted buena vida.

(Aparte.)

(Para que al fin se decida,
Voy á charlar y mentir.)
Verá usted, Don Timoteo,
Qué calles tan espaciosas,
Todos los pisos de losas
De mármol.

D. Tim.— ¡Cuánto primor!

D. Carlos.—Hay algunas que tendrán
Cuatro leguas.

D. Tim.— ¡Qué! ¿las losas?

D. Carlos.—No, las calles. ¡Y qué hermo-
(sas!

En las casas, ¡qué esplendor!
Las hay de mármol, de bronce,
De esmalte, y aun de marfil,
Grabadas por un buril
Que parece celestial:
Teatros hay en que sin duda
Podrán caber dos millones.

D. Tim.—¡Santo Dios! y qué pulmones
De los cómicos!

D. Carlos.— No tal,
Que cualquiera voz se escucha
Por todos perfectamente.

D. Tim.—¿Y cómo?

D. Carlos.— Muy fácilmente,
Por medio de un tornavoz.

- D. Tim.—¿Y para ver de tan lejos
Será preciso un antejo?
- D. Carlos.—No, señor, que cualquier ojo
Ve sin él.
- D. Tim.— ¡Válgame Dios!
¿Y cómo?
- D. Carlos.—Hay ciertos espejos...
Puestos de cierta manera,
Que... pues... así... no fuera
Fácil una explicación:
Todo es por máquina, todo.
- D. Tim.—¡Qué malditos extranjeros!
Si creyera en hechiceros,
Dijera que ellos lo son.
- D. Carlos.— (Aparte.)
A fe, mía no encontraba
Cómo salir del apuro.
(Alto.)
Amigo, yo os aseguro
Que hay muchísimo que ver:
Allí dinero es el todo;
Lleve usted el suyo allá,
Y le digo que tendrá
Una vida de placer.
- D. Tim.—Mire usted, cómo Juanito
Nada de esto me contaba.
- D. Carlos.— (Aparte.)
¡Cielos! ya no me acordaba:
Juan me puede desmentir!!
- D. Tim.—Pues, señor, estoy resuelto,
Me voy á Francia, me voy.
- D. Carlos.—Si útil de algún modo soy...

- D. Tim.—Si usted también ha de ir.
- D. Carlos.—Pues en mí encontrará usted
Un "cicerone."
- D. Tim.— ¿Qué?
- D. Carlos.— Un guía.
- D. Tim.—¡Ay, qué gusto! ¡qué alegría!
Rabiando estoy por marchar.
- D. Carlos.— (Aparte.)
Ya cayó en la ratonera.
- D. Tim.—¡Oh! muy presto nos iremos.
- D. Carlos.—¿Y cuándo?
- D. Tim.— Ya, ya veremos,
Yo podré necesitar
Para arreglar mis asuntos...
¡Oh! muy poco, muy poquito....
Veinte años.
- D. Carlos.— (Aparte.)
¡Viejo maldito!
¡Si los pensará vivir!
- D. Tim.—Sí; para este tiempo creo
Que estaré desocupado.
- D. Carlos.— (Aparte.)
Pues, señor, bien he quedado
Después de tanto mentir.
(Se oye cantar dentro á Mariquita.)
- D. Tim.—Ya viene allí Mariquita:
¿Oye usted? siempre cantando,
Nunca la he visto llorando;
Tiene un bello corazón.
Dejo á usted quien le acompañe,
Yo me voy con D. Antonio.
(Se va.)

D. Carlos.—“Bien, tres bien.” ¡Anda al
(demonio!

¡Qué viejo tan socarrón!
Me divertiré un momento
Con esta preciosa loca:
Yo pensé viajar de coca,
¡Ay, qué chasco tan fatal!
¡Vaya, si tengo razón!
Nada hay en México bueno;
He aquí un viejo de oro lleno;
Pero el más grande animal.

ESCENA VII.

DON CARLOS, MARIA.

(Sale ésta cantando, sin ver á Don Carlos,
y va derecha á un tocador que habrá al
frente, á componerse el peinado.)

María.—Vamos, vamos, no estoy mal,
Este rizo me va bien;
¡Oh! yo tengo cierta sal....
Una cara angelical:
¿Y quién me resiste, quién?
“Sí, Mariquita es muy bella.”
Dirán muchos elegantes
“Parece luciente estrella,
¡Que! si no hay otra como ella.”
Hoy tendré muchos amantes,
Hasta seis puedo ajustar,

Sin contar con los ausentes;
Es número regular:
¡Qué placer es conquistar!
¡Pobrecillos inocentes!
Veamos si puedo traer
Sus nombres á la memoria....
(Se voltea, y al ver á D. Carlos, queda co-
mo avergonzada.)

¡Ay, Dios!

D. Carlos.— ¿Y no ha de haber
Una plaza que obtener
En esa tan larga historia?

María.—¡Ah! ¿que estaba usted aquí?

D. Carlos.—Contemplando esa hermosura

María.—¿Y me ha escuchado usted?

D. Carlos.— Sí,

Mas no tema usted de mí,
Encantadora criatura.

María.—¡Oh! yo hablaba necedades:

Cosas que en verdad no siento.

D. Carlos.—Pero hablaba usted verdades.

María.—No, D. Carlos, vaciedades,

De que después me arrepiento.

D. Carlos.—No, no; yo puedo jurar,

Por mi propio corazón,

Que no puedo adivinar

Cómo es posible encontrar

Tal gracia en esta nación.

Casi, casi voy amando

A este misero país:

Estoy á usted contemplando,

Y en ese rostro mirando

Un destello de París.

Dejadme, ninfa del Sena,
Contemplar tanta beldad,
Esa frente tan serena.
Que brilla cual luna llena
De apacible claridad.

"Radiante," encantadora,
De gracia y beldad modelo,
¿Quién te mira y no te adora?
¿Eres Venus, ó eres Flora;
O más bien ángel del cielo?

María.—Soy sólo una mexicana.

D. Carlos.—¡Imposible! ¡No es verdad!
Eres francesa, italiana,
O siquiera de la Habana;
Pero no de esta ciudad.

María.—Pues...

D. Carlos.— No me hables castellano,
Destruyendo la ilusión;
Ese rostro soberano
No puede ser mexicano,
Lo dice mi corazón.

María.— (Enfadada.)

Buen modo de enamorar,
¡Despreciar mi patria así!

D. Carlos.— (Sumiso.)

Dígnese usted perdonar;
¡Es tan difícil hallar
Una cosa buena aquí!

María.—Pues abierto está el camino,
¡Qué pesado y qué tenaz!
Llene usted su alto destino;

Vuelva usted por donde vino;

Déjenos usted en paz;

Si usted no está bien hallado

En el suelo en que nació,

Vaya usted al otro lado,

Que un galán almibarado,

No es mucha pérdida, no.

¿Conque quiere usted decir

Que aquí no hay una hermosura?

¿Y esto se puede sufrir?

D. Carlos.—Mas dígnese usted oír...

María.—¡Pues alabo la finura!

¿Y allá aprendió usted á ser

Tan galán? (Ríe) risa me da.

D. Carlos.— (Aparte.)

¡Oh! ¡qué maldita mujer!

Todo se ha echado á perder;

Mas todo se compondrá.

Vamos, vamos, señorita, (Alto.)

He cometido un error;

Mas una joven bonita

Perdona; sí, Mariquita,

Calme usted ese furor.

¿Con quién comprar es dado

Esa gracia, esa belleza,

Ese pie tan delicado,

Ese talle torneado,

Esa divina cabeza?

(Durante este diálogo, se va calmando Mariquita hasta el grado de sonreirse, arrojándose al espejo.)

María.—¡Oh! pues hoy estoy muy mal,

Lo juro á fe de María.

D. Carlos.— (Animado)
Está usted.... angelical,
Adorable amiga mía.

María.— (En el espejo.)

Mas ¿no ve usted? esta flor
Está muy mal, ¡qué desgracia!

D. Carlos.—Mariquita, es un error ;
Si la prendiera el amor,
No tuviera tanta gracia.
¡Y ese rizo tan hermoso!....

María.—El rizo está pasadero...

D. Carlos.—¡Oh! muy bello, muy gracioso,
(so,

Todo, todo es delicioso.

María.—El maldito zapatero
Nunca me sabe calzar:

(Mostrando los pies.)

Aquí caben mis dos pies;
Si casi no puedo andar,
¡Oh! y usted se va á admirar:
El zapatero es francés!

D. Carlos.—¡Vaya! hermosa Mariquita,
No recuerde usted mi error,
Que el corazón me palpita;
Esa boca tan bonita
Hable sólo del amor.

María.—Pero si no soy francesa.

D. Carlos.—Pero es usted mexicana.

María.—Es decir, tonta

D. Carlos.— ¡Traviesa!

¡Si ya digo que me pesa!
Es usted muy inhumana.

María.— (Al espejo.)

¡Oh, qué traje tan mal hecho!
Me hace desairado el talle.

D. Carlos.—No tal: está muy bien hecho,
Palpitará más de un pecho
Al ver su elegancia.

María.— ¡Calle!

¿Con que más allá del mar,
Según lo que estoy oyendo,
Aprendió usted á adular?

D. Carlos.—No; pero es fuerza admirar
Prodigio tan estupendo;

¿Cree usted que es adulación?

¡Consulte usted á su espejo,

Verá que tengo razón:

Sólo por moderación

Otras alabanzas dejo.

Vaya, brillante hermosura,

Pues hemos hecho la paz,

Cólme usted ya mi ventura,

Oiga de esa boca pura

Un "sí."

María.— ¡Y es usted tenaz!

D. Carlos.—¿Quiere usted que no lo sea,
Cuando su rostro he mirado?

¡Ojalá fuera usted fea!

María.—¡Gracias! ¿habrá quien lo crea?

D. Carlos.—Yo estuviera sosegado,

Pero su rostro divino,

Esos ojos brilladores.

(Tomándole una mano.)

¡Ay! este cutis tan fino

Han fijado mi destino,
Y muriendo estoy de amores.

(Postrándose.)

Míreme usted á sus pies,
Alivie usted mi dolor.

María. (Riendo.)

¡Bravo! ¡gracioso francés!
¿A una mexicana?

D. Carlos.— Es

El ídolo de mi amor;
Deme usted por Dios el "sí,"
O de pena moriré:
Mire usted, no estoy en mí,
Es fuerza morir aquí.

María.—Amigo... lo pensaré.

D. Carlos.—¡Oh, qué respuesta tan fría
Para un pecho tan ardiente!
Por Dios, amable María,
Vuélvale usted su alegría
A este corazón doliente.

María.—Pero si no puede ser,
Si está la plaza ocupada.

D. Carlos.—Un lugarcito ha de haber:
¿Me verá usted padecer
Sin piedad? joven amada,
El séptimo seré yo
De la lista solamente.

María.—No.

D. Carlos.— Pues el octavo.

María.— No.

D. Carlos.—¿Ya el número se llenó?
Pues hágame usted suplente.

María.— (Queriéndose levantar)
¿No me quiere usted dejar?

Clara.— (Dentro.)

Blasa.

D. Carlos.— Perdí la ocasión;
Pero mientras vuelvo á hallar,
Esta prenda he de tomar,
Que alivie mi corazón.

(Quita á María un anillo de brillantes
del dedo.)

ESCENA VIII

Dichos, CLARITA.

Clara.—Don Carlitos, buenos días:

¿Sabe usted algo de nuevo?
¿Qué noticias corren hoy?
¿Se ha ocupado el ministerio?
¿Esa "pauta de comisos"
Se aprobó ya?

D. Carlos.— Nunca leo
Periódicos mexicanos.

Clara.—Pues, amigo, muy mal hecho,
Que todo buen ciudadano,
Debiera casi saberlos
De memoria: ¡venturosos
Fueran entonces los pueblos!
La imprenta, la imprenta sola
Es el ancla en que tenemos
Fundadas las esperanzas
De ilustración.

D. Carlos.— Por supuesto.

Clara.—Pensaba yo redactar
Un periódico.

D. Carlos.— ¡Muy bueno!

Y el artículo de modas

Desempeñarlo prometo.

Clara.—¿Qué modas, amigo mío?

Si justamente pretendo

Criticar eso: si rabio

De ver nuestros diarios llenos

De vaciedades: ocupan

Una columnita, ó menos,

En el asunto importante,

Y lo demás en dicterios,

En insultos insufribles,

En avisos, y algún verso

Tan he'ado como inútil.

No, señor, no es ese el medio

De ilustrar á los mortales:

Si copian, copien al menos

A Juan, Jacobo, á Segur,

A Vattel, á algunos de estos

Cuyas magníficas plumas

Han escrito tanto bueno.

Esto sirviera de mucho,

O proponer al congreso

Alguna ley importante,

O hablar algo sobre fueros,

O los códigos antiguos

Arreglar, como el "Digesto."

D. Carlos.—Me indigesta esa palabra.

Clara.—Pues, amigo, muy mal hecho.

Es un cuerpo muy antiguo.

D. Carlos.—Que lo lleven al Museo.

Clara.—"Sed fugit interea, fugit"

"Irreparabile tempo."

D. Carlos.—¡Bravo! ¡bravo! Doña Clara

(Conteniendo la risa)

¿Parla usted latín?

Clara.— Lo leo

Regularmente, y me agradan

Los clásicos. ¡Qué momentos

Paso leyendo á Virgilio,

A Cicerón, al modelo

De la elocuencia romana!

Vea usted qué trozo tan bello:

"Quosque tandem abutere,

Catilina,"....

D. Carlos.— (Aparte, riendo.)

¡Yo reviento!

Clara.—Patientia nostra?"

D. Carlos.— (Con ironía.)

¡Qué hermoso!

Clara.—Diga usted ¿en los modernos

Habrá una cosa tan grande?...

Mas nada como aquel verso

De Ovidio: "Cum subsit illius"...

Vaya, vaya, me enageno.

D. Carlos.—Usted, hermosa Clarita,

Puede ocupar un asiento

En la cámara.

Clara.— Mil gracias;

Algo hiciera de provecho:

No estuviera como algunos,

No más calentando el puesto.
Yo no sé por qué injusticia
Se ha quitado á nuestro sexo
Un derecho tan sagrado
Como legislar. Yo creo
Que lo hiciéramos mejor
Que muchos hombres; y luego
No encuentro razón alguna
Para no tener empleos
En otros ramos.

D. Carlos.— ¡Bien dicho!

Clara.—Como si sólo el talento
Fuera exclusivo en el hombre.

D. Carlos.—Lo que es falso, porque vemos
En usted, que bien podía
Ocupar un ministerio.

Clara.—Yo no lo digo por mí....
Soy aficionada, cierto;
Pero nada más.

C. Carlos.— ¡Caramba!
Si estoy "enchanté!"

María.—(María, que se ha estado viendo
al espejo, entra en conversación.)
Yo pienso

En mis flores, en mis trajes,
Y estoy contenta con eso.
Yo no he de estar más bonita
Porque mande Juan ó Pedro:
Todo es lo mismo.

Clara.— ¡Lo mismo?
¡Jesús! ¡qué poco talento!
No digas eso, María;

¿Qué no sientes en tu pecho
El amor patrio? "Amor patriae"
Como dijo.... no me acuerdo
Quién lo dijo.

D. Carlos.— Pero alguno
Lo dijo.

María.— Sí, por supuesto.

ESCENA IX.

Dichos, DON TIMOTEO, DON ANTONIO.

D. Tim.—(Con un periódico en la mano.)
¡Albricias, hijas, albricias!
En esta noche tenemos
Comedia nueva.

D. Carlos.— ¿Es de Scribe?

D. Tim.—No, señor.

D. Carlos.— ¿O de Hugo?

D. Tim.— Menos.

D. Carlos.—¿Es un Vodevil?

D. Tim.— Tampoco:
No, señor, no es nada de eso:
Es obra de un mexicano.

D. Carlos.—Puff... ¡Qué peste!

D. Ant.— (A D. Carlos.)
¿Qué tenemos,

Que hace usted tan mala cara?

D. Carlos.—¿Por un mexicano? cierto
Que será un mamarrachón.

D. Ant.—¿Por qué ha de ser, caballero?
¿Un mexicano no es hombre

- Capaz de escribir en verso
Como cualquiera?
- D. Carlos. ¡Oh! les falta
Todavía mucho tiempo
Para saber discurrir.
- D. Ant.—Gracias, por el cumplimiento.
¿Y usted qué es?
- D. Carlos.— ¿Yo? por desgracia
Soy mexicano, y lo siento,
Vergüenza me da decirlo,
Porque todo en este suelo
Está atrasado.
- D. Ant.— Sin duda:
Y la mejor prueba de eso
Es que sufrimos, Don Carlos,
Muchos tontos, que debemos
Arrojar por los balcones.
- D. Carlos.—Hay muchos.
- D. Ant.— Si; por ejemplo
Usted.
- D. Carlos.— ¡Cómo! poco á poco:
Explíquese usted.
- D. Ant.— Pues creo
Que hablo bien claro.
- D. Carlos ¡Caramba!
¿Sabe usted que no me dejo
Insultar? Yo “ciño espada
Y aliento coraje.”
- D. Ant.— ¡Bueno!
- D. Carlos.—O el florete, ó la pistola.
- D. Tim.—Vaya, señores, ¿qué es eso?
Dejen ustedes por hoy

- Las cuestiones.
- D. Ant.— Si no puedo
Reprimirme; no es posible.
Que hable mal un extranjero
De algún país, es muy malo,
Pero, señor, á lo menos
Si á la política falta,
No falta al deber más bello
De un hombre, que es procurar
La fama, el nombre, el concepto
De su patria: yo me voy.
- D. Tim.—No, señor.
- Clara.— No.
- María.— No.
- D. Tim.— Dejemos
Estas cosas, Don Antonio.
- Clara.—Sí, yo también se lo ruego
A usted, y después acaso
Tratarán ustedes eso
Con calma.
- D. Carlos.— Sí, sí, con calma,
“Parole d’honneur,” lo prometo.

ESCENA X.

Dichos, DON JUAN, LEONOR.

- D. Juan.— (Aparte.)
¡Vaya! que por fin respiro.
- D. Carlos.—Oh, Juanito, ¿aquí estás ya?
Leonorcita, ¿cómo va?
- Leo.—Me siento mucho mejor.

- D. Tim.—Si digo que hace bien
El aire libre.
- D. Carlos.— Es verdad:
No hay como la variedad
Con un poquito de amor.
El semblante está más bello,
Más vivo, más despejado.
- D. Ant.— (A Leonor.)
¡Oh! con que usted se ha enfermado,
¿Y de qué?
- Leo.— Del corazón.
- María.—Nunca padezco ese mal:
Cuando más de la cabeza.
- D. Carlos.—Es verdad: no, de tristeza
No morirá usted.
- María.— Burlón.
- D. Ant.—(A Clara que se ha ido á sentar
á leer.)
¿Y usted, qué lee, Doña Clara?
- Clara.—Una sesión importante.
- D. Ant.—Muy bien, muy bien: adelante,
Yo no quiero interrumpir.
(Pues todos en esta casa
Debieran ponerse en cura.
Cada uno con su locura,
Me da gana de reir.)
- Leo.— (A D. Juan.)
Amigo, ¿está usted cansado?
- D. Juan.—Un poquito, amiga mía.
- Leo.—¿Tiene usted melancolía?
Es usted de poco hablar.
- D. Juan.—Sí, Leonor, yo soy así,

- Casi siempre estoy callado;
Si hablo mucho, creo que enfado.
- Leo.—¡Oh! no.
- D. Juan.— Más vale callar.
- D. Tim.—(Aparte á Don Antonio.)
¿Y qué, no le da á usted gusto
Contemplar cuadro tan bello?
Todos están bien; en ello
Tengo gran satisfacción;
Es mi vejez venturosa:
Tres hijas, á cual más bella:
¡Si cada una es una estrella!
- D. Ant.— (Con ironía.)
Tiene usted mucha razón.
- D. Tim.— (A Leonor.)
¿En qué piensas, hija mía?
- Leo.— (Después de un rato.)
¡Ah! ¿me hablaba usted? En nada:
Tengo la vista clavada
Sin mirar.
- D. Tim.— (A Don Antonio.)
Esto ha de ser,
Según la experiencia mía,
Que los dos están celosos:
Pronto serán venturosos.
(A ellos.)
Vamos, hijos....

ESCENA XI

Dichos, Da. SERAPIA.

Da. Ser.— A comer;
Ya la sopa está en la mesa.
D. Carlos.— ¡Pues que viva la alegría!
Da. Ser.— (A D. Antonio)
Pasará usted un mal día.
D. Ant.— Pero con satisfacción.
Da. Ser.— ¡Eso siempre! Me parece
Que estoy en mis tiempos ahora.
D. Carlos.— ¡Viva la buena señora!
D. Tim.— Vamos, como procesión,
Usted, señor Don Antonio,
Dé á mi Clarita la mano:
(A Leonor.)
Tú á Don Juan;—si yo me afano
Por darte el mejor lugar.
Usted, señor Don Carlitos,
A mi preciosa María:
(A Doña Serapia.)
Y yo á tí, paloma mía,
Hoy te debo cortejar.
(Todos se van dando á sus compañeras el
brazo, como lo indica el diálogo.)
Da. Ser.— (A D. Timoteo.)
¿Te acuerdas de los picitos?
D. Tim.— (Riendo.)
Bien me acuerdo: estás hermosa;

Si pareces una rosa
Da. Ser.— Y tú un lirio, picarón.
D. Carlos.— “Andiamo, andiamo.”
D. Tim.— A comer.
D. Carlos.— (Aparte al salir.)
No me gusta el Don Antonio,
Tiene cara de demonio!
Todos.— (Haciendo carabana.)
Vamos.
D. Carlos.— Vamos, “sans facon!”

